

- ¿Será algún santo?- preguntó un policía.

- No- respondió el Fiscal- es un masón.

- Ya lo había dicho yo, que Filomeno era masón- agregó el cura.

El padre de Filomeno García Almengor, minero español, llegó al país para trabajar en las minas de la cordillera. Este hombre raro, después de muchos años decidió regresar a sus país en donde, según viejos papeles murió en las batallas de Teruel, contra las tropas fascistas. Éstas y otras noticias, junto a papeles variados y algunas fotos, estaban en las maletas de Filomeno. Sin embargo, como siempre ocurre en los pueblos, algunas notas, de puño y letra del correcto Secretario, sobre observaciones de la vida diaria que transcurría en su derredor fueron a parar a los billares.

121

Estas páginas decían: "El cura P, recién llegado de Holanda, casi protestante, ha destruido los altares de la iglesia, patrimonio nacional, so pretexto de que no se debe adorar iconos de madera. Ahora han quedado las paredes lisas y vacías. Yo vi destruir altares antiquísimos que según el patriarca católico don N.V. fueron encargados a los artífices de Quito. Obras de tallado colonial insuperable. ¿Pero cómo puede entrarle en la mollera de mula de un cura holandés, que nosotros los indígenas, podemos crear obras de arte igual que las de Rembrandt?

Eso por un lado... ¿Y qué esperar de la domesticidad obsecuente de los mansos corderos de dios, de la grey católica, incapaces de rebelarse, por temor a ser castigados con los estigmas del anticlericalismo?

Ayer, en Calle Primera vi arder en el horno de hacer pan de la familia A, pedazos de columnas, capiteles, cornisas de los altares destruidos por la insania de este cura cuasi fascista.

La última nota de Filomeno registraba lo siguiente: "Vivo entre hipócritas y ladrones. En el caso del tragatierra R.S. hoy llamó el propio Presidente de la República para que encarpetáramos el asunto. Los campesinos irán a la mierda...leyes y códigos, pura mierda...tribunales, pura mierda. El Capitán de la Tercera Zona, se la pasa los fines de la semana huaqueando con un coronel del ejército norteamericano, acantonado en la Zona del Canal. No sólo pisotean nuestra soberanía, sino que roban también la hermosa y rica cultura de nuestros antepasados. Pero hay que escuchar a cada cura, a cada director de escuela, a cada político, a cada periódico y radio hablar del mundo libre, de los derechos humanos y de la democracia. Pura mierda."

122

¿Mas qué le sucedió, al fin, a Filomeno?

Dicen que sucedió así: después de mascar con voracidad un par de gordos y sabrosos chicharrones, comprados en la mesita de comida de su amiga Petronila, esa noche, al acostar el Secretario sintió fuertes palpitations de su corazón. Se incorporó lleno de susto, respiró hondo y resistió el ataque. Pero creyó que se le había dormido el brazo izquierdo y entonces no pudo dormir el resto de las horas. Sin quejarse ni dar explicaciones dejó de asistir, por tres días a su despacho; conducta inusitada en su limpia hoja de servicios. Al tercer día hizo de tripas corazón, se incorporó, y encajó los anteojos, el sombrero de

jijijapa, se ajustó el desgastado saco gris y a las siete de la mañana fue a ver a su íntimo amigo, el cirujano. Después de minucioso examen, el clínico entre grave y vaticinador, le dijo al correcto Secretario del Fiscal: - "Hombre Filomeno, la vaina es gravísima".

¿Grave de qué?

¡Chuleta...sólo te quedan tres días de vida!  
Eran las siete y veinte minutos.

Filomeno sintió que se derrumbaba como guanábana madura. Sin embargo, recurrió a su actitud estoica, miró profundamente con sus ojillos de comadreja al cirujano y desde lo más hondo de su resentimiento social le gritó: - "¡Curandero de mierda!" Y tiró la portezuela de la clínica, sin esperar otra palabra del galeno.

123

En su cuarto se echó frente a la vieja máquina de escribir y trató de puntear algunas letras. Después, angustiado, se tendió en la cama a contar las telarañas del techo. Así pasó las horas. En la noche del segundo día, víspera de la muerte inminente acomodó todo lo que tenía que arreglar; lavó el calzoncillo y lo puso a secar junto a un par de raídas medias. Se asomó por la ventana y miró que el cielo se había puesto una ruana oscurísima, llena de lentejuelas. Bajo la mortecina luz de su habitación escuchaba el remolino de los murciélagos al entrar y salir. Afuera chillaba el viento norte del mes de marzo, seco y ardiente, sobre las jarcias del antiguo alumbrado eléctrico. Cuando confirmó que la población de la aldea dormía a pierna suelta sacó del cuarto los recipientes que en el día había adquirido.

Salió a la plaza y regó la gasolina por las

paredes de madera de las casonas coloniales; después hizo otro tanto por la calle principal y otros callejones de endeble chozas. Justamente a las dos menos cuarto, hora del meridiano de Greenwich, en tanto la sociedad viviente y muriente resollaba bajo el plácido sueño de verano, Filomeno prendió, con un reseco capullo de maíz, la casa de la municipalidad, y con el viento cómplice, las lenguas rojas de la candela se regaron y pronto fueron los gritos y los ayes y el relinchar de caballos reventado sogas; perros ladraban como al fin del mundo y gentes semidesnudas salían de casas y cuarterías y el sacristán de la iglesia empezó desesperadamente a tañer las campanas. Pero a esa hora de la madrugada, cuando los seis bomberos del pueblo al fin acudieron al hidrante, el acueducto no tenía agua. Se apagó la luz eléctrica y el incendio comenzó a pintar diablos y fantasmas rojos, amarillos, naranja y escarlatas. Nadie podía parar el fuego, ni Santa Bárbara bendita, ni San Judas Tadeo, ni San Sebastián...Se quemó casi todo el poblado. Al amanecer el sol halló solamente tizones, humo oscuro, gatos asados, ceniza espolvoreada, pavor y llantos. Diez, quince casas se salvaron de a vainas, entre ellas, el cuartel de calicanto. Eso sucedió aquel famoso martes; el miércoles, ya Filomeno estaba sumamente preso. Pese a las palabrotas sucias de los otros presos, el correcto Secretario del Fiscal no se inmutaba, no le preocupaba ni la opinión pública, ni lo que parecía, para todo el mundo, una tremenda chifladura, ni el rigor de las leyes que le iban a caer encima, y cuyo peso, él más que nadie conocía...pues sabía que a las doce de la noche iba a morir. Lucía tranquilo, seguro de si

mismo, satisfecho. Sin fiebre, ni frío y con la presión normal para un hombre de su edad.

En su último día no comió ni bebió no era necesario. A las once de la noche se aflojó la corbata. Borró todo lo que tenía en la computadora de la mente y quedó sin programar, en el vacío. Sentía como locomotora recorrer la sangre de los pies a la cabeza; se oía el ruido, el vendaval de la sangre, el rumbo contradictorio de la vida y de la muerte. A las once y media empezó a respirar cortito y sintió, entonces sí, el frío en la mitad del cuerpo, sudor pálido por la nuca y la columna vertebral, hasta el rabito. Al fin, pues, llegaba la hora y por entre las rejas de la vieja cárcel comenzaron a caer como puñaladas de bronce las doce campanadas del fin del mundo de Filomeno García Almengor, el incendiario. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once...once y diez minutos, once y treinta minutos...once y cuarenticinco minutos: doce , ¡Ay! ... Y en eso la noche cayó como una lámina de silencio de principio de la materia, la que no tuvo principio, según Filomeno. Pudo haber transcurrido un siglo, pero sólo fue un segundo, pues a las doce y dos segundos el gallo rojo de los vecinos soltó su canto ceremonial, ¡qué vaina! ...El correcto Secretario del Fiscal comprendió que no se iba a morir nada...y al tener conciencia de esta brutalidad de la vida, le entró, entonces una ansiedad bárbara; quería huir, evaporarse, desaparecer del espacio, volverse cucaracha...-“¡Oh médico hijueputa!”- exclamó.

Ahora vivo y coleando tenía que enfrentar la maquinaria de la sociedad que de sobras sabía cómo era y empezó a temblar con una angustia que le culebreaba por las tripas, con fríos debajo de las entretelas del corazón. Llegó un instante en que Filomeno quería convertirse en pura mierda y jalar, él mismo la cadena del inodoro y fluir por la cañería del alcantarillado.

A la una de la mañana, el tiempo era una carreta sin bueyes, allí pálidamente detenido. Entre las oxidadas varillas de fierro, metida la sabia frente, su cabeza de cabellos ensortijados y candelillas; agarrado al hilo de su existencia que se perfilaba tormentosa y terrible a partir de la hora en que no se murió Filomeno sudaba pedacitos de hielo amargo.

126

Después de unas horas, cuando lo sorprendiera la cruel claridad del día, el señor Fiscal, el personal de la oficina, Petronila la de los chicharrones (con quien se decía que Filomeno tenía ciertos amores de corte ilícitos...¡puras mierdas!...pero se comentaba) Toda la gente que lo conocía: flaco, lento al caminar, el sombrero Panamá, de jipijapa, la nariz de matiz rosicler y los anchos anteojos que le daba ese aire de jurisconsulto y de intelectual de pueblo...¡Haber prendido toda la vieja aldea!...Sólo cenizas y animales muertos. Piromaníaco clandestino, terrorista, masón, devoto del tal Mijail Bakunin... ése santón del diablo...

Eran las dos de la mañana, hora pésima. Otra vez los gallos finos chiflaron sus cornetas que parecían flautas funerales. Y dentro de la jurídica

sesera de Filomeno... la conciencia de ser, de existir, de estar preso, de esperar un juicio de la gran puta. -"Médico huevón y metafísico, ¿como se te ocurrió tal diagnóstico? ¿Qué clase de ruleta rusa le jugaba esa coartada? ¿Morirse en tres días? ¿Él que estaba más fuerte que muelas de trapiche? ¡Total!...No se trataba de ningún infarto; fueron simples gases producidos por los chicharrones de tetita que le vendió la Petronila. "¡Médico mariconsísimo!"

A las tres de la mañana le subió una fiebre por los huevos que lo hacía temblar; sintió horror a las cuatro de la mañana cuando ya, entre cantos de gallos y bramidos de lejanos toros amarillos empezaba aclarar tímidamente la oscuridad de la madrugada y se iba a parir el día, desparramado de resplandores, como a las seis y media de la mañanita. Y todo el mundo ya enterado de las notas de su diario. - "¡Puñeta!"

- Y el pueblo quemado como en los buenos tiempos de Nerón. Y el criterio subjetivo de las gentes sobre su persona. Y el cura cabrón gritando en el púlpito: -"¿No lo dije yo?...¿No lo dije?-"

NOTA: Según el acta levantada por su superior, el propio Fiscal Primero, a fojas tres se leía: "Aproximadamente a la seis y veinte minutos de la madrugada, el occiso, utilizando el cinturón se colgó de la puerta de hierro de su celda."

OTROSÍ: Solamente una hora antes del término dado por el diagnóstico del facultativo.



**Y OTROS MÁS... DE NAPA**  
**Y OTROS MÁS... DE NAPA**

# EL PAJARO DE LA DOÑA SAL

Ni el mismo demonio logró mover a la empecinada anciana de su arrecife de coral y oro. Intentarlo era como arrancar un ostión antiquísimo de los entreveros de las rocas marinas.

Desde el marco de una de las ventanas del palacete, ella, la doña se destacaba por su blancura de pan y la sedosa cabellera de espuma, pese a las arrugas de sus noventa años. Sin embargo conservaba la prosapia y la alcurnia adquiridas, desde los primeros días de la república, cuando su esposo (ya enterrado, veinte años atrás) había sido canciller y luego, ministro plenipotenciario en Washington (y no llegó a presidente - se decía- nada más, porque en aquellos días dieron un golpe de Estado y lo mandaron al destierro) Pero incluso, aquella vez, pese a la regalada vida de su marido, fastuosamente alojado en Roma, la doña no quiso salir de su país, del fondo de su madriguera aristocrática, en el universo de la gente chic de la "society", allí en el barrio alto, en cuyos viejos tiempos vivieron los ricos, los dignatarios y demás elementos notables de la oligarquía criolla. Incluso, en donde durmieron, en fastuosos hoteles los ingenieros del Canal Francés, con famosas artistas de la ópera italiana y eminentes prostitutas francesas y posteriormente, los gringos con sus escopetas y putas menos refinadas.

En el ahora titulado Casco Viejo de la ciudad, donde vivieron los elegantes de "adentro," por las silenciosas y pulcras callejuelas, condecoradas con palmas reales importadas de la Habana,

laureles traídos de la India y palmas de tallo rojo, venidas de Indonesia... allí ocurrieron todas las cosas de la historia panameña, las buenas y las horribles: los tratados con el imperio de los Estados Unidos, los golpes palaciegos de los civilistas de entonces, que utilizaban a los militares de antaño. En aquellos tales dichosos momentos de la democracia roñosa, los policías... ¡sí fueron una lindura! Servían para cuidar las fortunas mal habidas, desde las Ferias de Portobelo, a los años del primer ferrocarril interoceánico, y el "Incidente de la tajada de sandía", que un aventurero gringo no quiso pagar, al istmeño José Manuel Luna, luego de habérsela tragado, por lo cual se formó el arroz con mango y un tiroteo de padre y señor mío, con varios yanquis muertos... Muy justicieros resultaban los militares para vigilar y arreglar las cercas de sus latifundios; las cajas registradoras de sus tiendas, sus casas de putería y también para apalear y matar a inquilinos y patriotas panameños, en asocio con los lindos marines yanquis, ubicados en el enclave colonial y a petición y agradecimientos mariconsísimos, de los individuos mandantes, de los gremios variopintos de la rabiblanquería civilista y demócrata, en fin, para que los obedientes tongos defendieran a manduco limpio, el dominio del entonces protectorado norteamericano, y sus clases poderosas y serviles de los gringos, contra el mundo de la pobreza del país, los de afuera: campesinos, cholos moñones, indígenas, zambos, negros y mulatos (y también mulatas).

Dijo el barrendero del barrio, un viejo que dominaba la enciclopedia de sucesos y anti-sucesos, de la gente de adentro, (porque la ciudad colonial, dejó una muralla que dividía a

los de adentro de los de afuera) que una vez, para matar el aburrimiento, un aristócrata venezolano, en plena sala del famoso Club Unión, mató de siete tiros, al embajador de su país, un príncipe dueño de casi todas las tierras del Orinoco. Los trajes largos de las damas danzantes quedaron empapados de sangre y sesos, de aquel capítulo de la historia patria.

“Pero no pasó gran cosa, porque los dos eran gentes de adentro, agregaba el barrendero y para los carnavales, los santaneros cantaban una tonada de tambor norte, en las parrandas de los años veinte, que decía:

“Adentro  
Y afuera...  
adentro

es que tiran balas”...

Era tan encantador el casco viejo de la ciudad, pero con los tiempos, el Canal interoceánico, y los nuevos vientos del capitalismo, la idílica película empezó a enredarse cuando alguien se le ocurrió introducir la cubista arquitectura yanqui, con la construcción de un enorme edificio de diez pisos, que prácticamente aplastó los chalés y las casas de un alto, las de balcones de hierro forjado, llenos de matas de rosas, claveles y veraneras y el techo de rosadas y casi verdes tejas coloniales.

El primer escándalo fue que del último piso de la modernidad, se echó una extranjera y bella mujer, la cual quedó supremamente muerta en la acera. “Alguien la rempujó del décimo piso, por oscuras razones financieras y putañeras,” comentó el barrendero, que algún jerarca y chácara de chivo, en el Club Unión lo dijo. Pero no

tanto el suicidio o el asesinato de la mujer afectó a la doña, sino el desgraciado edificio, cuadrilátero de puro cemento y vidrio. La doña, quien además del barrendero, tenía muchas orejas que le contaban cosas, afirmaba que el dueño del tal edificio, le pasó, debajo de la mesa, varios sacos de dólares, al director del Patrimonio Histórico, de aquellos viejos días, y al propio presidente de la república. Tal cosa era un modo de ser, un valor - que se dice- de la sociedad.

Desde la inauguración de aquella mole, la doña salió menos al balcón y se metió, como siempre en la cocina; o en el cuidado de su jardín, de exóticos bonsais chinos y orquídeas, entre las que sobresalían vigorosas catleas colombianas y vandas lilas de Nueva Guinea. Al atardecer se dedicaba a tejer finísimos pañuelos, en cuyo arte nadie le ganaba... ni las monjas españolas.

En su casa, desde siempre la acompañaban Atanasia, la negra quien le dio teta al propio canciller, y el chofer, el jamaiquino George . Los dos sujetos de probada lealtad y sumisión.

Debido a su afán jardinero y su amor por la cocina, como por las artesanías, la maledicencia de las otras damas del entorno aristocrático hacían propagar la publicidad de: "que la tal doña, en realidad, no era gente de alcurmia, sino una verdadera advenediza, trepadora, campesina y chusmísima... Solían burlarse diciendo: "quién sabe qué pata puso ese huevo." Pero el barrendero los domingos, con los camaradas de su sindicato, en los mesones cervecedores del mercado, recogía también esas

basuras, y refutaba: " Oigan, muchachos, pero era, en su tiempo, un huevo hermosísimo: casi blanca, sonrosada y tirando a trigueña con unos ojos azules de puro cielo y pelo ondulado de mucha noche; delgada, pero con bien proporcionadas caderas; alta, de bien parados senos, sobrada de piernas, con un rumbo al caminar que no lo tenían ni las habaneras de la playa de Varadero ni las brasileñas de Copacabana. De joven, en su pueblo interiorano, los muchachos, al verla pasar por la plaza solían piropearla en el mejor estilo arrabalero: "si como caminas cocinas, hasta el concolón me como". Los más irreverentes decían de ella que trotaba como si anduviera en el puro encantamiento del proceso amoroso de Adán y Eva. (Sexi que se dice ahora en la época atómica) Y por tales sumas e inigualable pedigrí siempre tuvo la fama, de ser la mujer más clase del país y vivió y gozó como tal, con su fino talante de dama distinguida, y los deslices propios de su táctica, en la carrera ascendente hacia las curumbas de la aristocracia criolla". Y ella, la doña, por su cuenta y abiertamente en cualquier debate, esquina o salón, a toda boca, pregonaba que: "Los padres de muchas de estas cocotudas que me critican, allá en Europa, eran criadores de puercos, o simples limpiadores de chimeneas, y no duques ni marqueses, ni mucho menos, capitalistas. Bueno y yo reconozco agregaba- que mi padre también criaba cerdos, y por tanto, venimos de las mismas porquerizas".

Era, bien conocido que en sus mejores días, la doña, siempre impetuosa y barbárica en sus

gestos, le importaba un culantro lo que las emplumadas y ricas mujeres cacarearan de su legítima belleza. Simplemente vivía en su estilo, de acuerdo con la biodiversidad de la sociedad de truhanes y bobalicones, engreídos y pendejos, demagogos y mafiosos, puritanos y calaveras... En su curriculum vitae había, desde amantes ingleses, japoneses, franceses y de todo el cuerpo diplomático, incluido, el flamante Gobernador gringo de The Canal Zone, hasta miembros de los clubes de Leones, 20/30, la Cámara de Comercio y similares. Había de todo: masones, judíos, musulmanes (con perdón, uno que otro prelado) en esto fue bastante democrática, pero siempre se trataba de gentes muy elevadas y de muchas cifras. Sólo para los carnavales, se iba al pueblo interiorano de Las Tablas, a quemar cohetes con los de abajo, y a moverse en las tunas y los culecos, tirando al aire coplas demoledoras, y desayunado, al amanecer, chicharrones con yuca y café negro.

134

Según el famoso y culto barrendero los bochinches también provenían de las masas del arrabal, que a falta de soluciones, para sus angustias cotidianas, en su nivel de falsa conciencia de entonces, cuando mandaba el procónsul gringo, era costumbre protestar con chistes y caricaturas contra los poderosos, diciendo calumnias tales como que: "el género de mujeres rabiblanca le salía de sus francachelas nocturnas a la calle, cuando salían del Club Unión, sin género ni trapo alguno sobre sus ancas; en pelotas, que se dice." Y a veces, los propios y chuscos caballeros del afamado Club de la burguesía propagaban tales pornografías,

cuando en los carnavales bajaban a las barriadas populares, a terminar las farras con las mulatas y zambas del proletariado.

El barrendero contaba que una noche había llegado al Club Unión un atildado miembro de la nobleza, con dos mujeres de la vida y el asombrado gerente de la institución, que conocía muy bien, al destacado prohombre, dueño de medio país, no obstante, pero, en cumplimiento de las normas del Club, llamándolo aparte le susurró: -" Perdone, que moleste a quien debo servir, pero usted sabe que el reglamento no permite la entrada al Club a este tipo de niñas, que son mujeres de dudosa reputación". Y el honorable , apartándolo bruscamente le gritó:- "¡No seas huevón!... Éstas son putas... Las de dudosa reputación son aquellas señoritas que están allá a dentro."

135

Sin embargo el barrio alto, aunque amenazado desde abajo, era el barrio alto y allí estaba la doña testaruda, impertérrita, sin rendirse y dispuesta a morir bajo las palmeras y entre los jazmineros y dendrobios.

Ella, ciertamente aunque proveniente de las huertas humildes del interior, tenía clase. Dueña de una brillante inteligencia, casi genial, se había hecho culta, porque el marido lo era, y le inyectaba alta cultura día y noche. Pero además, porque era millonaria y aprendió mundo, pintura, escultura y estilo en los mejores museos de Europa: El Prado, en Madrid; en París, el Louvre y pese a que un diplomático de Bruselas, la invitó a Leningrado, no fue al Ermitage, porque odiaba a los bolcheviques.

En las veladas berlinesas, con poetas, músicos y filósofos, quienes atraídos como avispas por la dorada miel de la mujer, discutía sobre cualquier tema de la cultura.

- Madame, y ¿cuál es su músico preferido? Le preguntaron cierta vez.

- Wagner- contestó.

- ¿Y por qué, Wagner, mi linda señora.

- Por su fuerza, su poder. Amo el poder.

- Díganos, ¿y en cuanto a pintura?

- Hay varios, pero sobre todo, Vincent Van Gogh.

- ¿Y en este caso?

- Por su arrebatada pintura. Porque era loco... yo también soy algo loca... ¡ja... ja!..

Conceptualmente aparentaba marginarse de ciertas categorías que la joven universidad había traído: que si movilidad social, cambios estructurales, desarrollo capitalista, clases sociales emergentes y caducantes, influencia del Canal interoceánico en el perfil de la clase obrera, emigración interiorana y forja de las llamadas capas medias. -"Al basurero con todo eso"- balbuceaba, ante algunas de sus amistades, entre ellas, su amigo el señor Obispo. "Me caen mal tanto los mentirosos y engreídos burgueses de la derecha, como los horribles obreros y demás canalla de la izquierda. "¿Ah... si volviera Napoleón"- "Oiga, le preguntaron- ¿y Simón Bolívar?"- "No caballero, Bolívar fue un ternero a la par de Napoleón"... Eso solía gritar en sus mejores días de codiciada hembra.

Ya a la altura de los noventa años, todavía lúcida y porfiada, físicamente dura, sin embargo sólo llegaba al talante de una garza disminuida, con sus ojillos de comadreja y su lengua viperina.

Y en este escalón solía declarar que “odio que los desplumados, los arrancados, los mugrientos, los maestros, y profesores, incluso los arruinados chupácteros sociales de la vieja aristocracia entren acá y anden sonando estruendosamente los pitos de sus carros y bicicletas y que se apoderen del barrio exclusivo, metiendo chiflidos, y con modas extravagantes, música de vulgares porros, salsas y calipsos-”

Pues todavía en el barrio viejo quedaba la presidencia de la república, la catedral metropolitana, el altar de oro, el teatro nacional, llamado, en sus tiempos, nada menos que con el nombre de Sarah Bernardt, a la que ella conoció personalmente en Londres; teatro en el cual también cantó su amigo Tito Schipa, a quien, después de cuya función, ella invitó a su palacete, con lo más granado de la sociedad opulenta de la capital.

137

Pero ahora, desgraciadamente, todo era distinto para su majestad, la doña. Y era cierto. El Casco Viejo de la ciudad se llenaba de campesinos, metidos a tenderos: enfermeras, modistas, y trabajadores del Canal, incluso de la maleantería. ¿Y por qué sucedió eso? Según el barrendero- “porque los ricos decidieron huir de allí y hacer mansiones en las afueras de la ciudad, para estar lejos de la asquerosa chusma y del “mundanal ruido”.

Llegaban estos elementos populares, según decir de la doña: “gentes groseras, porque los hombres andaban con pantalones cortos y en mangas de camisa, y las mujeres con pantalones largos y faldas que dejaban entrever los entreve-

ros.”

Y esas gentes, entre otras estupideces, conectaban sus tocadiscos con música chabacana, más alta que el demonio, y con unos bajos que reventaban los tímpanos de la humanidad... más pese al escándalo, no se iba de su viejo hábitat, aunque los del Club Unión, los del Club de Golf, los Rotarios, y toda la elegancia de la república ya se habían arrancado del lugar.

Ella seguía viviendo, tiesa en su chalé de lujo y de jazmines. Para mayor locura los chiquillos le gritaban: “Vieja loca”, porque a la Doña se le ocurrió hacer un biombo, con ligas de caucho, con el cual disparaban piedras a los mocosos que se introducían a su patio de enfrente, a buscar pelotas de béisbol, con las cuales jugaban.

138

Algo que trastornó a la doña pintiparada fue el acontecimiento de un golpe militar, pues según ella: “el rumbo lógico de la sociedad se invirtió totalmente y no pocos cholos y negros llegaron hasta las élites de los ministerios: mujeres del populacho miserable ocuparon los grandes salones de las entidades autónomas y las embajadas, y hasta los indios, y prietos de toda laya se volvieron diputados de la asamblea. ¡Horror!... ¡un verdadero horror!”

Comentaba el barrendero, que había gente grande con mucho miedo, cuando alguien dijo, que de la noche a la mañana iba a repetirse una revolución sangrienta como la Guerra de los Mil Días y que la sangre tataría las esclusas del Canal... que los ricos serían colgados, por sus partes, de los postes de la “Fuerza y Luz” y sus

mujeres degolladas y trucidadas cual tutifrutí, para echárselas a los gallotes y a los perros tinaqueros”...

Por tales anuncios apocalípticos, la doña empezó a sobrevivir bajo esa oscura pesadilla y de vez en cuando se asomaba, con mucha cautela, como una zorrita blanca, por las persianas celestes, para ver si ya venía la plebe, (los malditos obreros, los guerrilleros campesinos y cholos, con su Victoriano Lorenzo y los machetes al aire, junto a los policías puñeteros, en la terrible alianza de los de abajo contra los de arriba). ¡Chuleta! Sin embargo, nada la movía de su puesto, de su balcón, de su barrio, pues ése era su mundo, lo suyo y si los cobardes aristócratas, sin pelear sus dominios huyeron como gallinas, dejando el plumero en las calles, ella no haría tal cosa, contraria a su clase, porque era la dictadora de su estirpe.

139

Pese a que no veía bien, tenía oído de tísica y el rumor del ascenso de los muertos de hambre, de los empleados públicos, de los policías y otros elementos lúmpenes del barrio, trajo consigo su propio remolino de maldades y de bajezas. Lo peor fue un vecino, ex ministro de hacienda y ex cónsul en Liverpool. Éste no sólo se trasladó a vivir allí, en su lugar sino que fue él quien mandó a levantar, con los millones hurtados al Estado, la casa de los diez pisos.

“De pronto aquella mole, llamada ahora condominio- dijo el barrendero - se llenó de gente rara y aún de negros y empleados del Canal y hasta soldados gringos que negociaban con toda clase de mujeres de la vida, nacionales y forasteras: colombianas, chilenas, ticas, venezo-

lanas". Era la verdadera unificación latinoamericana. Luego trajeron gatos y gatas y resultaban horribles las noches de los gatos enamorados, porque la doña se la pasaba en vela, sin poder agarrar el sueño, por los bramidos y ñarreadas de las gatas, lo que resultaba incomprensible y ridícula majadería, en algo tan privado como el natural acoso y la cuestión sexual. Mas lo de los gatos eran juegos mensuales o semestrales, y ella terminó por avenirse a esta majadería gatuna.

Pero a los pocos días cayó la gota que derramaría la olla. Un sujeto oriundo de quién sabe qué pueblo del interior subió al primer piso del indecente como bullicioso condominio y se alojó en el apartamento situado, justamente, al frente del florido balcón de la doña. Y la canallada más grande, según comentario del barrendero de marras, consistió en una enorme jaula de virotos de pava, en forma de barco, la cual llevaba adentro un desalmado pájaro cantor. El desgraciado bicho sólo esperó a que guindaran el trasatlántico en un clavo para desatar la racha de cantos y armonías pajarísticas, jamás oídas ni superada por nadie en los pueblos de la región centroamericana y del Caribe.

El barrendero nunca había escuchado tal pájaro y alguna gente, consultada por Atanasia y por George, discutía que podía ser un turpial o calandria, pero no, tal vez- y esto resultaba imperdonable- se tratara de un sinsonte traído clandestinamente de la Cuba de Fidel Castro. Lo cierto fue que el puñetero pájaro no dejó de cantar jamás. A la doña, aquel sonoro y variado silbido o trino, la dejaba estupefacta, llena de ansiedad; la repetición de lo que los pajaristas

llaman armonía, resonaba patológicamente en los caracolutos de sus finas orejas como el sonido de un tren descarrilado, o el estertor de una motocicleta sin silenciador, o el ruido de la trepidante sierra de un herrero loco. No dejó de cantar, desde que llegó en su barco de virotos, desde las seis en punto de la mañana, hasta las seis y quince minutos de la tarde. Repetía el diverso canto de todos los pájaros habidos y por haber.

Y repetía canciones modernas que aprendía con una grabadora que el propio dueño, orgulloso del ejemplar, le ponía a su lado para que aprendiera.

-Hombre indecente- le gritó una vez la doña al nuevo vecino- calla a ese infeliz pajarraco que no me deja dormir.

- ¡Ah! Vieja rabiblanca enemiga de la naturaleza!- contestó el hombre, que fumaba tranquilamente un habano, mientras se complacía con las sinfonías del pájaro extraordinario.

En esa diatriba diaria la doña perdía su talante y Atanasia corría con las sales y demás remedios para revivirla.

La doña mandó a George para que trajera su abogado, con el fin de que interpusiera un recurso de amparo de garantías, o un habeas corpus, según fuese menester, mas el doctor le dijo que su especialidad era el derecho internacional público, las relaciones comerciales marítimas, pues el abanderamiento de barcos resultaba lo más lucrativo y que de ornitología no conocía nada. En todo caso, agregó, vería a un pasante suyo de la universidad para ver cómo salía del pereque. Dicho y hecho, llegó el pichón de abogado, al día siguiente metió un alegato en la

corregiduría contra el odioso hombre dueño de la jaula, tocante a maltrato y violación de los derechos humanos y además por atentar contra el ambiente y la avifauna, al mantener encerrada a una mascota como el mencionado pájaro, causante de tantos males.

Pero, para desdicha de la doña y el joven plumario, resultó que el pajarista era nada menos que cuñado de uno de los coroneles de la guardia y el aprendiz de leyes quedó sumamente preso.

Lo más deleznable fue que el tipo del sinsonte o turpial, con toda esa autoridad que le daba su relación militar, le gritó a la doña, de balcón a balcón hasta de lo que se iba a morir: "vieja loca, rabiblanca, verdugo de los pájaros, fascista anti-ornitóloga, pro-yanqui, agente del Ku-Klux-Klan, ficha de la CIA, bruja diabética y esclerótica"... Después del cual discurso, los hijos del dueño del pájaro, mellizos, por demás de unos seis años, le sacaban la lengua a la doña, le hacían cuchufletas y le disparaban terribles palabras del repertorio arrabalero de los pelados de la calle y hasta algunas vulgaridades en el inglés de "Boca Town."

Pese al pájaro condenado, la doña no se fue del barrio. Ella podía ordenarle a George que se pusiera el uniforme de chofer y sacara el Cadillac, para que fuese a comprar un billete de avión par a ir a cualquier parte del mundo: - "Pero no me van a echar ni los policías, ni los aristócratas que habían salido huyendo, ni la mencionada revolución, ni la guerra civil, ni el Comando Sur de los gringos, ni mucho menos un deslenguado

pájaro"... habría dicho, según el barrendero, la pobre y millonaria vieja, pues "allí se la iban a mamar".

Su amigo, el señor obispo, le mandó a decir que se mudara de ese infierno; que él iba a intervenir si lo deseaba. Pero ella, como toda dama rica y encumbrada era bien descreída y la religión sólo le servía para la formalidad de clase y no le hizo caso al obispo. Esto motivó que su excelencia, en tono distinto le respondiera:- "Lo que sucede es que usted, al parecer, no se ha dado cuenta de que el mundo ha cambiado y si insiste en mirar para atrás, no lo olvide, le ocurrirá lo mismo que le pasó a la mujer de Lot, que por no hacer caso a los ángeles se convirtió en estatua de sal"...

Tras la lectura de la severa esquela enviada por Monseñor, lo único que refunfuñó la doña, según el barrendero fue: - "¡Obispo cabrón!"...

143

Y en efecto la doña no se movió una pulgada, pero trazó nueva táctica. Ella, en horas más sensibles, motivada por la burla del pájaro, de pronto sentía extraordinarias ganas de subir al apartamento, sacar al pájaro y ahorcarlo entre sus crispadas manos; o sacar la antigua escopeta, calibre 16, de dos cañones, del difunto marido y dispararle a la jaula, e incluso matar al dueño. Entonces entendió lo de la violencia urbana, lo de las guerrillas y el terrorismo y algunas veces soñó que era una joven anarquista o una fanática, de la Gestapo de Heinrich Himler y que acomodaba una bomba de treinta kilos de TNT en el Palacio Presidencial. Pero se sentía así, llena de violencia, como a eso de las diez de la mañana, hora en la cual el inspirado pájaro invadía todo el barrio con

sus gorjeos y a ella se le subía la presión a doscientos sobre cien. En eso su empleada Atanasia quedaba fuera de quicio, al ver que la anciana deliraba y tal fue la gestión pajarística- nunca estudiada por los especialistas en ornitología- que hizo producir, por boca de la doña, las peores palabras en lengua castellana. Y eso era lo que la pobre negra Atanasia jamás había oído, ni pensado de su ama, ni de su vieja familia, que semejantes vulgaridades salieran de esa boca, que ahora deslucía constreñida y fruncida como fondillo de pollo, pero que antes, cuando las vacas gordas y la "society" había sido la boca más roja, dulce, golosa, y sexy de la patria boba. ¡Ah, tiempos felices!

144

Según el barrendero ella pronunciaba catilinarías con palabras como:- pájaro puñetero, pájaro huevón, pájaro maricón, pájaro hijueputa, pájaro masón, pájaro sanamabiche, pájaro cueco y una sarta de adjetivos, sustantivos, complementos directos, conceptos y categorías, que por respeto a la moral cristiana, a la democracia representativa, a la cultura occidental y al folclor, el barrendero no se atrevía a repetir.

Y ese palabrerío lo disparaba sobrecargada de ira, con los azules ojos, fuera de sus órbitas, con pulsaciones arrítmicas y visibles signos de alta presión. A veces caía en el sillón de cuero repuñado, completamente asfixiada, desfallecida, ahogada en su propia salsa, casi lila de cólera, pero no se moría, ni se rendía, sino que balbuceaba, llena la boca de espumarajos babosos y fluorescentes. Corría entonces la azorada Atanasia con las pastillas de nitroglicerina, para colocársela debajo de la lengua y cuando ya la doña parecía reaccionar favorablemente y se erguía, la empleada la refrescaba con paños de

agua florida de Murray y Lamman... Era la cúspide de lo que luego el posmodernismo se llamaría simplemente estrés, en esta caso producido por el maldito pájaro cantor.

Días después la doña se propuso el cambio de táctica y montó un operativo audaz. Mandó a George a que buscara, en los peores barrios, al maleante más descarado, hábil y con suficientes créditos en robos y escalamientos. George, igual que Atanasia, no llegaba a entender qué ocurría en el enredado sub-mundo de la doña. Pero como en su vida no había hecho otra cosa que obedecer a su amo y luego a su ama, buscó al ratero más despierto que la misma muerte, el cual por mal nombre le decían "el gato" porque tenía la fama de robar con los pies descalzos, precisamente en apartamentos. Hacía bien el llamado "trabajo de sueño" o sea, laborar cuando la gente gozaba de la siesta tropical, al mediodía. Se enfrentó a la doña: ella le dijo: - "Mira allá... ¿Oye ese Pájaro, hijo de la mala leche? Pues bien, suba, tome la jaula, ábrale la puerta, sáquelo, huya con él, haga lo que quiera; pero ¡por dios! desaparézcalo, desplúmelo, tuérzale el pescuezo... y aquí tiene veinte dólares por el trabajito... vaya... de una vez, que ahora no está la gente de dicha casa allí."

Y como un gato, "El Gato" subió; ella lo vio, lo escuchó. El pájaro hijo de su madre, cantaba como un arcángel. El ladrón tomó la jaula, abrió la puerta, sacó al miserable pájaro, lo miró, bajó y echó a correr, calle abajo. Se escucharon gritos en el vecindario: " ¡Ladrón... ladrón! Vecino... ¡le roban el pajarito! ¡Ladrón... Ladrón!"- respondían otras voces- ¡Llamen a la policía! Un maleante robó en el primer piso...

Cuando la doña vio desaparecer a su hombre, "El Gato", pájaro en mano, se echó a reír y a reír y reír, hasta cuando se desplomó en el sillón de cuero repujado. Corrió Atanasia con su agua florida. Esa noche la doña durmió como un angelito feliz y soñó que era joven y estaba en una antigua y rica mansión de la Costa Azul, en fin de semana, nada menos que con el Duque de Orange.

Amaneció el palacete lleno de jazmines del cabo, las catleyas y vandas florecidas. La Atanasia tarareaba un son de bullarengue; el chofer George limpiaba el cadillac, y machacaba entre dientes un viejo calipso.

La doña abrió la puerta de su balcón. Salió vestida con una bata de transparente gasa verde-acua y la brisa suave le sacudía su blanca cabellera. Como era habitual, conectó el tocadiscos y puso a Vivaldi. Parecía una figurilla de cerámica de Sevres, pero era ella, insuflada de una alegría interoceánica, paradisíaca, absoluta, transparente, inasible, inconcreta. La alegría era, porque había triunfado, pese a sus noventa años y al haber estado casi sola en el mundo, con sus dos empleados, abandonada de la rabiblanquería cobarde, que huyó, ante el amago de revoluciones. Allí amaneció esa mañana, sin pájaro de ningún tipo y al terminar la primavera de Vivaldi, empezó a tararear la marcha triunfal de la ópera Carmen, de Bizet. Sintió que en ese rumbo de su vida viviría cien años más.

Nada más le dijo eso a Atanasia, cuando de súbito, izás!...pasó sobre su cabellera de algo-dón, el aleteo de un pájaro traslúcido, que fue a parar directamente al balcón de enfrente, justo en una rama de veranera escarlata. Dio un saltito

allí, el otro allá; abrió la puerta de la jaula, se introdujo en su cubículo, cerró y empezó, de nuevo a cantar como un demonio.

La doña, al percatarse del hecho chilló, tembló, gritó. Después con un volumen de trompeta del apocalipsis barbotó una frase de antología: - "¡Putá madre!" y se desplomó en el sillón de cuero repujado. Pero no desgajada o deshuesada, sino enhiesta, firme su busto ejemplar de muñequita francesa de Sevres, con su mirada firme y la boca muerta de la última palabra, como zurcida de odio y las manos con aplomo sobre los brazos del mueble, los pies juntos, quieta, ineludible...

Cuando Atanasia y George acudieron al balcón solamente vieron esa estampa y nada más que ese perfil. Al frente, el pájaro asesino seguía cantando, ahora como loro, o como perico; luego como chango y después como talingo. "¡No puede ser! -gimió Atanasia- Acudí con sus aguas y sales a sobarle la frente, sacudirla por los hombros, llamarla. Todo fue por gusto y para nada.

- George... ¡corre, busca a Monseñor!

Al poco rato, casi volando llegó el obispo, venía pálido y lila como un fantasma de verdad. La doña lucía en su silla, realmente como una estatua, con la boca torcida, como soltando una fea y diabólica imprecación. Al verla, a su excelencia se le desorbitaron los ojos. Él se acercó, casi con pánico, tentó delicadamente con su mano derecha la frente de la doña, se llevó los dedos a los labios y probó... Asustado exclamó en latín: "¡Mierda... lo dije, se volvió de sal!"

# LA MOTOCICLETA AZUL

El muchacho Juan Cañas, hombrón de curtidos músculos tenía, metidos en sus ojos verdes, dos vivos asuntos que le mataban la vida: comprar una motocicleta y el amor de la Chola Hidalgo- "Pero yo creo - decía la madre, Mamachón, viuda y querendona - que a ese atolondrado, le apetece más la maldita motocicleta."

Juan Cañas en la madrugada, de lejos oía mugir, como un toro herido la motocicleta de un trabajador del ingenio, que de su campo partía como un rayo hacia el trabajo. De pronto: izas!, pasaba el meteoro, dejando apenas un revuelo de pájaros encendidos en los repliegues de la niebla sosegada y fría.

148

¡Maldita máquina!- Se quejaba la Mamachón - Pues en un animalejo de esa clase se mató, el otro día, no más, el hijo de Tolentino Ruiz. Y ahora tiene ganas de matarse el muy alocado hijo mío.

- No hable paja, mama- rezongaba el muchacho, medio dormido, ese domingo, en su catre de vieja lona, a eso de las seis de la mañana,- yo me la voy a llevar a usted en la moto, para que oiga misa, de seis, en el pueblo. ¡Ja...ja...ja! Su hijito adelante y usted con la pollera roja, al aire, arriba de los muslos... ¿Acaso tío Salomé, no se desnucó y mató cuando se cayó de su caballo moro?. Él no tenía motocicleta... Es cuestión de que a uno le llegue la hora.

Juan debía madrugar demasiado. Correr al pueblo, para que el bus no lo dejara en la plaza. No quería sanciones en el trabajo y menos ahora, cuando ya tenía sus pocos ahorros y además,

estaba más o menos enamorado.

- ¿Sabe mama? Cuando tenga la motocicleta también voy a llevar a la Chola a pasear; al anca, en la parte de atrás, que se llama la parrilla. Esa es la moda. Y a usted también, ya se lo dije, para que pueda meterle envidia a sus compinches.

- Sí, ahora mismo... Y con lo que te pagan en ese dichoso ingenio, que no te alcanza ni para las cutarras... ahorita mismo vas a tener para comprar esa endiablada máquina que cuesta un platal...

Mas el muchacho quería comprar una motocicleta japonesa de color azul, como la que oía rugir cada madrugada por la carretera. Así no iba a sentir la picazón ni los calores de la caña.

- Pero niño, ¿por qué vienes tan chamuscado, de ese trabajo?

- Bueno, ¿por qué será ? Adelante va la candela con la cual prendemos el Cañal; detrás seguimos los cortadores. Filo y filo; el que se queda atrasado no hace la tarea y gana menos.

Y así, sorbiendo las neblinas de la madrugada, a todo trote, hacia el poblado para pescar a tiempo el autobús, se le iban los pagos y los ahorros no alcanzaban ni para pagar la primera letra de la veloz motocicleta de sus sueños: - "Azul me gusta más; la arranco y ella carajea, para que en el caserío todo mundo se de cuenta de que va Juan Cañas, buena madrugada para el ingenio...run...run...run... Subo como un rayo la loma colorada y dejo atrás una mecha de polvo rosado. Y dirá mi amigo Tanasio: "¡Jo!... allá va el diablo de Juan Cañas"...- Y llego al pueblo... ra...ta...ta...ta...ta... Ni qué bus, ni que autobús... Parto sobre la sierpe de plata de la carretera de

cemento, como un suspiro, y mucho antes que suene la sirena del ingenio de azúcar, voy yo... ¡Ja!... que soy el mismo Juan Cañas."

Eran los sueños, pues, empeoró la situación, cuando tuvo que llevar a la madre al hospital, y entre médicos y medicinas se le fueron los pocos ahorros.

- ¡Ay hijo! Será mejor que te olvides de ese motor... Pues si tu tío se mató, cuando corcoveó el caballo, quizás tu madre se muera de la próxima caída del catre.

- No hable vainas, Mamachón, ya usted se parece, en eso, a la Chola. Yo volveré a empezar con los ahorros.

Y esa tarde del domingo buscó la camisilla blanca, se colocó el sombrero pintado a la "pedrada" y tomó el rumbo de Chola, en el caserío vecino. Cuando bajaba la loma, entonces llenó el mundo circundante con la limpidez de la saloma caminera, que remataba en aquella copla amorosa que decía:

"En el fuego de tu boca  
quisiera juntar mi fuego,  
para prenderme en el juego  
de la llama que te toca..."

¡Ay "ombe"! Morena... ¡ay "ombel"!

- Ése es Juan- decía la muchacha.

Pero Chola, aconsejada de Mamachón, creía realmente que Juan tenía más empeño en la motocicleta que en ella.

- ¡Gualita que mama eres tú- le recitaba Juan- Al contrario, es porque te quiero. Cuando tenga mi moto te llevaré, de baile en baile, para que le saques piquete a todas las feas de por aquí. ¿Oíste? Y se morirán de envidia, cuando nos vean muy amanojados"... Y eso es el amor. ¿Qué te

pasa, Chola?

Mas la vida se iba de domingo en domingo, entre el campo y el ingenio, la caña renegra y el suelo ardiente, y los ahorros no daban para el famoso chéchere.

Pero dicen que una mañanita del domingo, regresaba Juan Cañas del charco de La Palma, donde se había bañado; justamente cruzaba por la laguna de los wíchiches, cuando: isuapa!...cayó algo grande, en la poza, con tal fuerza que Juan sintió como si hubiera caído una gran piedra del cielo.

- ¡Mierda! ...¿Qué vaina es ésta?

Al caer la peña o lo que fuera hizo saltar chisquetes de agua y lodo como a diez metros alrededor, y Juan al pesquisar en la laguna observó que el objeto se había hundido en el fondo del fango. Y entonces recordó que, igual a otras veces, ahora él había escuchado un lejano o alto ruido de un avión invisible, de esos que los norteamericanos tenían en la Zona del Canal

-¡Diablos!...¿ de dónde cayó eso? Miró al cielo... todo claro, sin nubes, ni los gallinazos pintaban el fondo azulito. Se quitó la camisa, se arrolló el pantalón y se metió en el agua sucia. Empezó a apartar los juncos y sacar el barro. Mas el asunto se había ido bien hondo. Juan continuó el buceo. De pronto advirtió que así no iba a poder, salió de la laguna y fue a buscar una palanca. Volvió con el palo y continuó la búsqueda del extraño objeto que había caído de las alturas.

- Esto se desbarrancó del mismo cielo -pensó el muchacho- Vamos a ver que me mandó el Señor...

Entonces tocó algo con la punta de la

garrocha. Con la misma rama palanqueó y logró sacar a flote el misterio. Envuelto en lodo y raíces no se distinguía, pero al librarlo de los envoltorios de barro fue palpando la forma de un maletín de cuero, pero bien pesado. Salió de esa parte de la charca y llevó la maleta a otro lugar para lavarla. Sí... un maletín. - "¿Qué tendrá esta vaina y de dónde cayó? ¡Ajó! ¡Esta cosa si pesa!" Trató de abrirlo, pero fue imposible, traía muchas cerraduras. Escondió el maletín entre las raíces de un árbol y se fue a la casa.

- Mama... ¡si usted supiera! Me hallé un saíno y vengo a buscar la mocha para prepararlo.

- ¿Un saíno dices tú?

- ¡Sí!

- Tú estás loco... ¿saínos por estos mundos?...

Eso sería en los tiempos de tus abuelos.

- Ya vengo, espéreme para que vea.

Y Juan Cañas salió con su machete a buscar el saíno... Cuidadosamente cortó, de un tajo y abrió la maleta.

- ¡Putá!... ¿Qué vaina es ésta?- Se sorprendió el muchacho de la motocicleta, al ver lo que miraba.

Cientos de paquetes con billetes. Tomó un fajo y soltó la franja de papel. ¡Increíble!...había billetes de a 1000 dólares. Escogió otro bulto del fondo... billetes de cien dólares... Y antes que alguien viniera por el sendero de las lagunas, Juan, como pudo se echó el pesado maletín al hombro y trotó hacia su casa, mirando, de lado y lado, como un ladrón de gallinas.

- ¡Mama!... aquí está el saíno.

- ¿Niño y qué demonios traes allí?

- Plata, Mamachón... un carajal de dólares...

- Una maleta de plata, y tú, ¿de dónde

sacaste tú eso?

- De la laguna de los wíchiches... Oiga, venía yo del río, así chiflando... cuando, Isuápatel...cayó una cosa en el agua. Primero yo creía que había sido una roca grande, que algún duende me había echado, como por allí, dice usted, hay duendes... y quise arrancar a huir... pero me detuve. Empecé a buscar en la laguna...escarbé, el lodo, batallé con los juncos, y eso era señora. Cayó del mismísimo cielo.

- ¡Loco!... eso eres... un loco... ¿cómo va a caer eso del cielo?

- Eso sí no lo sé yo. Pero si usted no me cree vamos a la laguna... allá está el hueco y se ve cómo, al caer rebotó por todos lados el lodo. Vamos a contar esa plata mama, porque ahora sí hay para comprar la motocicleta.

153

Sin embargo, el mundo se le complicó a Juan Cañas, porque la plata no cabía ni en su choza ni en su corazón, que le palpitaba como el gran trapiche del ingenio, porque después de dos días, con sus descansos, de contar billetes, según las cuentas de Juan, eran como dos millones de dólares, y según la mama, quién sabe cuantos miles... - "¡Jo! Mama, es mucho tiro para un ñeque"- consideró el machetero.- "¿De dónde diablos habrá caído ese maletín? ¿De algún avión?... ¿El señor tendrá aviones en el cielo? Y si esto es una tentación del demonio, del príncipe de los cachitos, y después viene a buscarme a mi, a mama, y hasta la Chola misma, para el asunto de las pailas?"

Esa noche la pobre Mamachón no podía agarrar la mecha del sueño, y se la pasaba

tomando agüitas de hojas de naranja y flores de jazmín...

- ¡Ay, hijito! Voy a la iglesia, para que el padre me confiese. Estas cosas del maligno.

- Déjese de eso, Mamachón... Pues eso es mucha plata y el diablo del cura es capaz de venir a llevarse toda esa barbaridad de billetes.

¡Santísimo!...Hijo mal pensado y mal hablado...Tú no sabes que los curas no roban?

- Perdone mama, pero papa decía que algunos sí robaban.

- Eso lo hablaba el pobre cuando estaba borracho. Y es que tengo un pálpito en el corazón y ya no aguanto a tener esa plata en esta casa.

- ¡No! Yo ni a la Chola se lo he dicho. Acuérdesse de las treinta monedas, y de que hay curas buenos y otros que son del partido del belcebú. Eso me lo mandó el tatadios por la manda que le hice al Nazareno de la Atalaya... Estése quieta, que su hijo del alma está pensando.

Y pensando, y pensando pasaban los días, sin que Juan decidiera nada. Todo en la casa parecía más estrecho. Mamachón enflaquecía, pues lo poco que comía le hacía daño.

- ¡Qué vaina... Mamachón!... Eso de ser rico ¿No?

- ¡Ay hijito mío!... No me hables de esos malditos millones, pues ahora creo que todo mundo viene a robarnos, hasta los ratones... ¡Ay tan libre que era yo antes!...

Juan también sentía miedo de los dos millones, pero no se lo daba a entender a la Mamachón. El asunto era bien peliagudo, pues cambiar en las tiendas, o en el comisariato de la

empresa, un billete de mil dólares era despertar sospechas.- "¿Y si piensan que me los robé?... ¿O que estoy metido en cuestiones del narcotráfico? O me meten preso o cualquier mafioso es capaz de matarme... Tal vez podría tratar con el turco José, que hace toda clase de negocios, y como es rico, la cosa sería distinta... pues ese lagarto es capaz de cualquier vaina"... Cosas de esta laya reflexionaba todos los días y todas las noches Juan Cañas, que sólo quería comprar una motocicleta azul, para ir a su trabajo, y pasear a su novia, la Chola.

En un motete grande, había echado los dos millones de dólares, y para disimular, le puso encima algunas mazorcas de maíz y lo subió al jorón. Cuál no fue el susto el día que un compadre de la Mamachón vino al rancho a pedirle el motete prestado, para una junta de cosecha de maíz.

- ¡Ay compadre - exclamó Mamachón- pasa de que Juancito lo necesita para el sábado.

- No se preocupe, Comadrita, si yo se lo traigo pasado mañana jueves, es un trabajillo corto.

- Perdone, compadre, pero es que Juancillo es muy mirado en esa jaba y será mejor que venga mañana, en la tarde a pedírselo.

- Bueno, comadre, así será, vendré mañana... Oiga pero la veo muy pálida. ¿Le pasa algo?

- No, compadre; será la presión...

Pero Juan Cañas tomó su decisión; se llevó un rollo de billetes de a cien dólares, los suficientes para comprar la motocicleta, una estufa de gas y una refrigeradora de kerosín para Mamachón y un par de zapatos para la Chola, y en lugar de comprar eso en el pueblo, se fue a una ciudad

vecina, en donde tenía algunos amigos de trabajo... Fue derechito al camacén de las motocicletas; escogió una de color azul, igualita a la del muchacho que cruzaba todas las mañanas quebrando las neblinas, y se dijo: - "¡ésta es la mía!"- En un camión mandó el resto de la mercancía, porque él, llenó el tanque, subió al sillín, pedaleó y se dijo: "allá va Juan Cañas" Y arrancó como un meteoro azulísimo, con su casco dorado...

- "Ahora sí va a saber la Chola ¡quién es el hijo de la Mamachón! Jubilosamente pensaba esto mientras se tragaba la carretera y la distancia.

Resultó una revolución en el caserío, cuando lo vieron pasar... Y peor fue el susto de Mamachón, cuando el machetero llegó soplado frente al llano de su choza, tocando la trompeta de su feroz máquina azul, que bramaba como un toro azul y herido...

156

- ¡Mamachón...Mamita! Llegó la reata del campo... run... run... ta... ta... ta... daba vueltas y revueltas en el llano. Pero lo grande fue cuando sus compañeros de trabajo lo vieron llegar, como un sople azul, montado en su motocicleta, y luego paraba el motor, como un dios, junto a los cañaverales del ingenio, en donde esa mañana debían empezar el corte...

- ¡Vaya, pelao... tremenda moto! ¿Te sacaste la lotería?

- Sí, unos dos billetes, pero la moto me la regaló la esposa del embajador de Japón, porque el año pasado se le reventó una llanta de su auto en la interamericana y yo se la arreglé...

Ese domingo, con una camisilla blanca, planchada y olorosa, obra de la Mamachón, Juan Cañas arrancó hacia el lomerío, en cuyas

curumbas, estaba la casa blanca de tejas rojas de la Chola.

Desde su ventana la muchacha veía allá abajo la bestia mecánica subir, con el paquete de su amor, como un relámpago curvo y azul, trepar a saltos hacia ella. - "Loco... es bien loco" - se dijo. Pero de repente, en un impulso, apareció el meteoro, paró en seco el animal de hierro, al frente de la casita blanca.

- Aquí está, pues - gritó Juan Cañas- bájate de esa ventana, mujer cobarde y ven acá... vamos a ver el mundo y a meter envidias.

La Chola acudió asombrada. Él la encajó con fuerza de machetero, como una caña ágil y dulce, en la moto y se la llevó como un suspiro, a dar vueltas por los ranchos ajenos, para que todos vieran su motocicleta, y por donde quiera decía, con gran contento: "¿saben?...Es que mañana me voy a casar con Chola... Quedan todos invitados.

A su regreso, a la choza de la Mamachón, ya entre manchas de tinta de la noche y lampazos del crepúsculo amarillo, le dijo a su madre:

- Mamachón, mañana se casa la Chola Hidalgo.

- ¿Con quién, hijo?

- ¿Con quien, pues?...con el lindo hijo de la Mamachón...

- ¡Ay, niño!

- Sí, mamita, mañana me traigo a tu cocinera.

- ¿Y cómo va a ser ese casorio, hijo mío?

- Pues igualito, tal cual mi tata se la robó a usted... Así, mismo pero esta vez el robo, en lugar de a caballo, será en motocicleta...

- Hijo, ¿y dónde vas a meter eso que tenemos

en el motete?

- No se preocupe, que ya le voy a quitar esa mazamorra.

El niño subió al jorón; bajó el motete; recogió bastantes capullos secos de maíz; observó si no venía nadie; llevó el misterioso meteorito a un chaparral reseco; extrajo algunos billetes de a cien, tal vez unos cuatro; echó sobre las ramas el resto de los dos millones de dólares; puso encima los capullos secos; le pidió a la sorprendida madre la botella de querosín y prendió candela: "¡Jai...jaii...¡Viva Mamachón Marín, viuda de Esculapio Cañas Calderón!"

- ¡Ay, hijo!

- ¡Ay Mama!

Las hilachas de candelas, volaban entre las chispas y el humo. El llano se puso clarito, lindísimo.

Ribetes de oro perfilaban la aguileña cara de la madre; ella agarrada de la cintura de su hijo Juan Cañas, como en un nacimiento, de noche buena.

Esa noche Mamachón sintió una alegría inconmensurable. Y se hizo la muy dormida, cuando llegó Juan con la Chola, en la motocicleta azul, y afuera gozaban, porque el muchacho le hacía cosquillas a la muchacha...

# DONDE SE CUENTA DEL TRATO DE TOLENTINO FARRAGUTA CON EL GRAN DIABLO

A Tolentino Farraguta todo le había salido mal en la vida. Y ya, a los cincuenta y ocho años...¿Acaso eran demasiado flacas las esperanzas de alcanzar alguna regalía para su miserable esqueleto de hombre humano? ¡Claro que no!...Y por eso decidió hacer un trato con el Gran Diablo.

Según él, desde el día en que nació, hasta los quince años fue un muchacho bueno, manso, sumiso, decente, bien mandado, laborioso, madrugador y jamás se había cogido, ni siquiera una cabeza de guineo y menos una mujer de mal vivir. Era muy religioso y rezador. Acompañaba a su abuela cegata, todos los domingos a la misa. Para entonces desayunaba, almorzaba y cenaba; los tres golpes al día. Andaba con la pata en el suelo, moñón de cabeza, con el pescuezo sucio y las uñas renegridas, a la moda de los jóvenes de aquellos lejanos días y para entonces no le preocupaba la pobreza, ni las enfermedades, ni el amor, ni la muerte.

Cierto que a los siete años, al fin, le enseñaron quien era a su padre, que según la abuela, era un español vendedor de santos. En este menester el andaluz se robó a la que fue su madre; enamorándola a punta de estampitas de San Antonio, orladas de tonos dorados. Pero aquello no resultó, pues el español dejó a la mujer. Y ella, por otro lado, un día, decidió abandonar al niño y encomendándose a San Antonio se fue a rodar tierra, en busca de la vida y no vino más.

La primera vez que Tolentino vio al diablo fue al tener ya uso de razón, cuando al examinar una estampita de San Antonio, en segundo plano y al lado derecho vio un diablillo negro con sus afilados cachitos, los ojos rojos y el rabo pecaminoso tentando al santo. Aunque el demonio parecía un monito feo, a Tolentino le gustó y le dio risa.

- Mire Tolentino- dijo la abuela- nada que me gusta que te interese el satanás ése. Al maligno hay que ponerle cuidado. A veces se hace amigo, pero quienes de él se fían y con él tratan, para la eternidad serán refritos en las grandes pailas del infierno.

- Abuela- preguntó el nieto- ¿y de verdad hay infierno?

- Claro niño, y queda allá, bien abajo del mundo.

- Y las llamaradas y candelas ¿eso es verdad o son cuentos?

- Puras candelas...son unas ollas enormes, llenas de brea o de manteca allí arden los malditos, por los siglos de los siglos, amén.

- ¿Y habrá tantico de gente?

- Un gentío.

- Abuela, la maestra nos explicó que en la tierra hay una barbaridad de gente. Unos seis mil millones.

- Puede ser.

- ¿Y cuántas de esas personas irán a fritarse en las calderas?

- Yo creo que la mayoría. Porque hay más cristianos malos que buenos.

- ¿Entonces al cielo subirá poquita gente?

- Así es, hijo.

- ¿Y tú, abuela, irás al cielo?

- Como que mañana sale el sol. Y si tú sigues

con esa garulilla de malucos, portándote mal, como todos ellos, pues hijito, creo que más bien vas a zambullirte en las profundidades horripilantes, como un ángel perverso.

- Pero si el mundo es viejísimo y tantos se mueren y la mayoría toma la chiva para el reino del diablo, oiga, yo no entiendo ¿de qué tamaño serán esas paillas, para tantísima gente?...

- Hay cosas que sólo dios sabe, carijo y no se preguntan .Eso es pecado.

- Ajá, pero yo no entiendo nada de eso.

- Ni falta que te hace, preguntón, pero huye del demonio. ¡Vade retro satanás!

Pero ocurrió que al morir la abuela y eso aconteció un mes después de estas historias, Tolentino Farraguta quedó solito en el mundo y entonces, a veces comía y otras veces no, y hasta la covacha donde residía la abuela se la quitaron. Y por todo eso comentaba Tolentino:- "no sólo me volví un verdadero desgraciado, sino que de verdad, me hice medio malo y vagamundo. ¡Pobre la abuelita mía!"

La primera vez que los policías llevaron preso a Tolentino, primero lo molieron a palos y luego le echaron seis meses de trabajos forzados, pese a que la falta la había cometido uno de sus compinches, porque todavía era aprendiz- "Yo no hice nada"- dijo entonces al oficial de guardia, pero lo pasaron tras la reja.

En la prisión, la conversación habitual era casi la misma. Nadie había hecho nada. Pero realmente Tolentino estaba marcado con la mala suerte y a pesar de que, en saliendo del presidio se mandó a cambiar de lugar, y anduvo de

pueblo en pueblo, ni siquiera se ganó un billete de lotería, ni una pelea de gallos, en las improvisadas galleras. Tampoco tuvo suerte con las mujeres, no se halló una que se hiciera cargo de él. De los pocos empleos lo echaban; un empresario lo atropelló con su auto Mercedes Benz y le rompió tres costillas. Esa vez le convino, porque pasó tres meses bien atendido en un hospital, pero se llenó de enfermedades y dolencias, hasta gonorrea tuvo. Entraba y salía de las cárceles. Para esos días le apodaban "La Zorra", y en este andar, al llegar a los cincuenta y ocho años aconsejado por uno de sus amigos, tomó la decisión final. Un viernes, en la madrugada, sin hablar con nadie bajo un árbol de higuerón, situado en cruz de caminos, Tolentino Farraguta llamó al Gran Diablo. Como a los cinco minutos, apareció un lujoso auto Mercedes Benz, con vidrios ahumados y placa oficial; se detuvo cerca del árbol; automáticamente se abrió la ventanilla delantera y por ella se asomó el chofer y preguntó

- ¿Es usted don Tolentino Farraguta?

- A su mandar- respondió el asustado y sorprendido hombre.

- ¿Qué se le ofrece?- agregó con nerviosidad Tolentino.

- No, nada- contestó el chofer- a mi no se me ofrece nada, pero ¿no fue usted quien acaba de llamar, hace unos cinco minutos a mi ilustrísimo amo? Entonces Tolentino, desconfiado ante el sujeto, sin embargo cayó en la cuenta de que se trataba del mensajero del Diablo Mayor.

- Si no se ha arrepentido- insistió el diligente chofer- entre al carro- y en esto se abrió una de las puertas de la parte trasera del sofisticado auto. Tolentino Farraguta, quien jamás había montado una máquina de semejante lujo, trastabilló al

entrar, cuando pudo hacerlo se sentó, más bien al borde del refinado asiento, a medio culo, sin atreverse a recostarse y verdaderamente sorprendido, se dio cuenta de que a su lado estaba, nada menos el Gran Diablo. La máquina arrancó como un volador; el chofer presionó un botón y brotó música estereofónica, por todos los costados.

- Con que usted es el muy conocido Tolentino Farraguta - comentó familiarmente el dueño del Mercedes Benz, quien emergía con los cachos recortados debajo de su rubia melena.

- Señor, el mismo soy.

- Pero lo veo sorprendido. ¿Acaso pertenece a ese tipo de gente engañada por mis enemigos, de arriba y de abajo, que han hecho publicitar la discriminada imagen, por todos los medios, de que yo soy un sujeto negro, alto, con una cornamenta de venado viejo, dientes de oro, ojos de candela, tremendo rabo y hedor a azufre? ¿Sabe amigo? Pues eso dicen elementos que olvidan algo: que, en un principio yo fui un rosado y rubio angelito, con mi par de alitas, tal cual los pintaron Miguel Angel, Rafael y otros subvencionados por los corruptos príncipes de Roma y Florencia.

Tolentino Farraguta se acomodó mejor en el asiento, no sabía quienes eran esos sujetos nombrados ni en dónde quedarían esos campos de Roma y Florencia. Con cierto recato volvió a mirar al famoso maligno- que decía su abuela- y se convenció de que ni era negro ni tenía rabo alguno. Por lo contrario el hombre era tez caucásica, ojos azules, pelo rubio, manos de pianista, largas y finas, bien acicalados mostachos parisienses, de los años veinte; un ajustado vestido de rico paño inglés y lujosos zapatos de marca florshein.

- Usted, amable socio, ¿prefiere la música llamada clásica o la típica? Preguntó el Gran Diablo.

- No sé- respondió secamente Tolentino.

- Yo, al igual que mi socio Hitler, amo a Wagner. ¿Oyó hablar de él?

- ¿De quién... de Hitler?

- No de Wagner.

- No, señor... ¡Qué va!

- ¿Sabe? No me diga señor. Esa palabreja me molesta. El señor es el otro. Pero le digo que también, hablando de música, me gusta Paganini. ¿Conoce su Campanela?

- ¿Campanela... Campanela? ¿La tocaba Gelo Córdoba?

- No mi amigo. Pero entérese. Ese Paganini hizo trato conmigo. Era gente mía. ¿Lo sabía?

- ¿Yo? ¡Qué va! Yo no he sido más que un ignorante y pobre diablo, en esta vida.

- ¿Pero a qué viene decir, un pobre diablo? Si los diablos, en fin, la diablería, no fueron nunca cualesquiera cosas. Pobres, por lo contrario, han sido los llamados hijos del tal señor, aquel judío disidente y expulsado de la judería, nombrado Jesús, quien fue crucificado, por haber tenido la terrorista idea de proclamarse hijo de dios, ser dios padre y además, espíritu santo...

- Perdone Jefe, no quise molestarlo, contesto apenado Tolentino.

- No hombre, el que perdona es el otro. Yo no doy perdones. Nada me molesta, solo le explico, porque es claro que contada la historia por Roma y los suyos, todo se desinforma y se dice al revés. Sin embargo en la tierra, que dizque fue creada por el tal señor de marras, hoy la vida es cada día peor, y desde luego las ideas de que los últimos, o sea los pobres como usted, serán, después, los

primeros, sólo sirven para que un poquito de vivos engorden sobre la perra vida de los que aún logran sobrevivir en la miseria.

- Oiga, estimado Diablo, pero usted ahora habla como un político.

- ¡Ja...ja...ja! mi amigo, todo diablo es político y todo político es diablo, o fracasa. ¿No has leído "El Príncipe" de Maquiavelo, otro italiano? El también fue camarada mío. Has de saberlo, Tolentino Farraguta. Pero ese feo apellido, mi nuevo colega, ¿de dónde lo sacó usted?

- No lo sé, mi Jefe Demonio.

- No me llame demonio. No me gusta. Dígame Diablo, no se apene. Estamos en la absoluta legalidad, y no tienes por qué usar lenguaje clandestino. Creo que su apellido es español, más propiamente, catalán. Tengo allá muy ilustres y buenos diablos.

165

Mientras el Diablo sacaba un tabaco y lo prendía, Tolentino observaba detenidamente la hermosura del auto. Mas que la música le impresionaba el aire refrigerado, demasiado frío y esto hizo que recordara las admoniciones de su abuela, sobre las eternas calderas del infierno.

- Yo sé, amigo Tolentino, lo que usted está pensando- dijo el Caballero Diablo, luego de expeler el humo azul de su habano. ¿Le sorprende el aire frío? Pues todo esto que usted puede ver es mi ventaja sobre las mismas cosas del afamado Jesucristo. Y aunque su abuela le hizo creer la embustera historia de que el infierno es sólo fuego y fritangas de la peor ralea, es todo lo contrario, hay fuego, porque sin fuego no habría vida.

- ¿Y cómo sabe usted lo que me decía mi abuela?

- Amigo Farraguta, por algo soy quien soy. Es

un problema de la informática y de la publicidad salvaje. Es lo que se llama la manipulación de las conductas humanas, sobre la base de repetir y repetir viejas mentiras. Pero es distinto. ¿Quiere que ordene bajar el frío- preguntó el Diablo a Tolentino- Ya casi llegamos. Pero en fin, se habla de que dios hizo al mundo. ¿Y qué mundo es el que tenemos? Si se debe entender que el señor fue el creador y asimismo se publicita, mediante el marketing de este mercado mundial, y su instrumento el internet, de qué él es todopoderoso, omnipotente y omnisciente ¿por qué tantísima gente sencilla y hasta miserable, como usted, y perdóneme, fue a dar a las horribles cárceles sin haber cometido faltas? Incluso, amigo Farraguta, historiadores de pacotilla, me quieren achacar a mi la deflagración atómica de Hiroshima y Nagasaki, y las cámaras de gases de Hitler? ¡No! Truman cuando ordenó aquel bombardeo, puso su mano sobre la Biblia y el señor Hitler fue amantado, por los cristianos ingleses y norteamericanos para echárselo a mi amigo Stalin... Sepa usted que el ochenta y cinco por ciento de la población mundial pasa calamidades y hambre por culpa del poderosísimo quince por ciento de supermillonarios y ricos y de sólo siete países que casi todos van a comulgar a Roma y a la O.T.A.N... Es todo lo contrario, amigo Farraguta. Escúchame: por cuanto yo existo, y para que la gente no se vaya conmigo, el mundo ha pasado de los días de las cavernas y del hombre de Neardenthal a hoy, cuando ya van los hombres y las mujeres al cosmos, en donde antes se afirmaba que estaba el cielo. Claro que, en realidad, los mejores hombres y genios de la historia fueron hechuras mías: Atila, Julio César, Napoleón,

incluso los Borgias, y la mayoría de los conquistadores de América: Colón, Hernán Cortés, Balboa... todos muy cristianos... y cazadores de indígenas con feroces perros...

Bueno y en la llamada modernización ¿qué son el famoso capital, el sistema bancario internacional, la bolsa de Nueva York, la cacareada globalización, el terrorismo, y demás anarquías. ¿Piensa usted que la O.N.U es un paraíso celestial? No, allí me sobran votos y vetos... Para que lo sepa amigo, yo soy el polo opuesto de la contradicción del universo y de cuanto vive y muere en el planeta. Yo inicié el universo. Soy el verdadero y absoluto demiurgo.

Tolentino oyó el discurso al amparo de la música típica, pero no entendió ni jota. Eso sí, se dio cuenta de que el Gran Diablo era muy profundo en el pensar, diferente a lo que él suponía. En este punto llegaron al lugar. Bajaron del flamante auto y unos hombres jóvenes salieron a recibir al Emperador de los cachos y al convidado.

Detrás del Belcebú, con mucha timidez, Tolentino Farraguta entró al palacete, en el patio mozárabe de la mansión, empedrado de azulejos y al lado de la piscina, en una mesa blanca, de hierro repujado, llena de botellas de toda clase de licores, los mozos apartaron las sillas para el caballero y el invitado. Palmoteó el Príncipe de las tinieblas y de súbito aparecieron muchachas del servicio casi desnudas, a no ser por un paño de hilo dental que llevaban sobre el empeine. El Caballero ordenó frutas frescas.

- Tolentino, pida lo que quiera: frutas, café, licor... incluso con toda confianza, si desea algunas de las muchachas escójala de una vez,

a su gusto, fuera de todo trato- expresó el Diablo. Tolentino lucía casi paralizado ante la abundancia, la belleza del lugar y las mujeres desnudas.

- Vamos a lo nuestro, amigo Tolentino- dijo el Caballero, luego de chupar una naranja. No hay tiempo que perder. ¿Para qué me llamó?

- Bueno -respondió el atribulado Tolentino, mirando de lado y lado, como para que nadie oyera- quiero hacer un trato con usted, porque entiendo que es la persona con quien necesitaba hablar.

- Sí, ya le dije, soy el Diablo, el mismísimo Diablo mayor, no tema decirlo: el Lucifer el malino, como dicen mis enemigos, pese a ello no se meta el rabo entre las piernas frente a mi, soy todo suyo, a su mandar, business son business.

**168**

Tolentino le echó ojo a su entrepierna, para ver si ya le había salido rabo, pero no.

- Quiero hacer un trato con usted, caballero Gran Diablo.

- Hable, así me gusta: pida lo que quiera, como lo hacen gentes más emplumadas que usted...¿ O piensa que las grandes corporaciones, trasnacionales, conglomerados, cámaras de comercio y empresariales, asociaciones bancarias y bolsa de valores no tienen a menudo tratos conmigo? Desparrámese.

- Yo no quiero mucho, señor Don Diablo; al morir, y como sé que voy directo para el infierno, lo suyo, (eso me decía mi abuela), quisiera ser bien atendido en su reino. Y además, al pasar unos días, me devuelva otra vez a la tierra, pero como un hombre de treinta años y con otra cara, no con esta nariz de pan de dulce que ahora traigo.

- ¿Quiere ser blanco o negro?

- Trigueño  
- Hermoso o con defectos físicos, por ejemplo, ¿cojo?

- No me interesa ser hermoso, pero si con alguna gracia humana, inteligente, entero, bien organizado de cuerpo y con bastante suerte.

- Atractivo para las mujeres, bien proporcionado ¿cierto, no?

- Algo así.

- No hay problema- respondió el Diablo y llenó un vaso con vino tinto chileno, del "Casillero del Diablo"...¿Y cuál será su plan de vueltas a su nueva vida en la tierra?

- Bueno, como pasé una vida de perro, lo que quiero ahora es vivir una vida sabrosa y sacarme todos los clavos de esas penurias que el señor me dio, según su discurso.

- No te preocupes, ya verá qué distinta es mi política, nada de demagogia, más realista y humana, más pareja. Y dígame, ¿qué otra cosa? ¿Quisiera ser rico? ¿Aparecer en sociedad como uno de mis empresarios? ¿Le gustaría ser embajador, en Liverpool, o Singapur, lugares apetecidos por los trepadores de las capas medias? O prefiere salir de representante del Capitolio norteamericano, con influencia en el Pentágono, para hacer su cualquier guerra petrolera, al socaire de la democracia, la libertad permanente y la civilización occidental? O en todo caso, y para cubrirse más sigilosamente, frente a la CIA, le gustaría mejor ser cardenal romano, y salir, de vez en cuando, a vender escapularios? Pues también en el Vaticano tengo a los míos...i Je...je...je...! De todo tengo en mis rosadas viñas...

- No, doctor, un poco del vil metal...eso no estaría mal. Y además, que me devuelva a mi pueblo, pero joven, así como potrillo retozón,

pues con mi experiencia y las filosofías que usted me acaba de echar, yo me las arreglaré muy fácilmente.

- Perfecto, Tolentino. Un súbdito mío dijo por allá que la historia se repite en espiral. No es muy cierto, pero eso de tu experiencia sí es válido. Abajo, los inteligentes cuentan que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Pero trato es trato, Tolentino, y usted ¿qué me ofrece? La vida en la mentada civilización occidental, es dando y dando. Nadie da nada por nada. Yo tampoco, aunque no soy exactamente de la civilización occidental, romana, judía, imperialista y supremamente mentirosa. Yo, amigo Farraguta, soy un ser universal. Eso no significa que pertenezca a la civilización global y del purgante que llaman globalización. Aunque, acá entre usted y yo, esa fórmula la hice pasar de contrabando, por intermedio de mis diablitos, justamente para demostrar que soy el superior y los enredo a casi todos y digo casi todos, porque también, aunque yo no lo quiera, existe el asunto de la casualidad y la causalidad no es tampoco dios. ¿Me entiende?

170

- No, Jefe Diablo, no entiendo un carajo de eso, pero si usted lo dice debe ser verdad.

- Bueno, Tolentino, entonces ¿que me da usted?

- Lo que usted pida, pero eso sí...menos que yo me vuelva mujer.

- ¡Ja...ja...ja!...- se echó a reír el malino- Yo no hago esos tratos, aunque he tenido a eminentes personalidades con esas aficiones, entre otras: Oscar Wilde, Shakespeare, Shaikovsky, Adolfito Hitler...pero bueno, vamos al negocio, con el compromiso de que usted me sirva en diez asuntos que yo necesito.

Y habló el Diablo, entre otros compromisos, de envenenar las aguas del sistema de irrigación de un rico ganadero que le había quedado mal; corromper a la esposa de un presidente latinoamericano y ligarla al negocio de las drogas; espiar al cura de una aldea, sobre sus relaciones religiosas con una rica dama de su parroquia, esposa de un íntimo colaborador mío; colocar una bomba en una reunión de altos jefes políticos del área que no habían devuelto el dinero prestado para ganar las elecciones; desenmascarar a un disfrazado comunista que, para bien de la pos-moderna civilización occidental, tiró al basurero su sistema y finalmente, arreglar, bajo cuerda, con los dueños de los poderosos gringos y gentes fundamentalistas del Medio Oriente, para que me le den un quiñazo a las torres gemelas del centro del capitalismo. Será por puro joder y para yo reírme acá, pues ellos también me han querido sacar las tablas que les di- que no eran las de Moisés- para que dominaran, pero no para dominarme a mí.

171

El trato fue firmado, con sangre, que incluso el tratante superior le dijo a Farraguta, que estaba muy bajo de hemoglobina. Pero luego lo celebraron con una tremenda borrachera, en medio de la cual Tolentino pidió almejas al vapor, cambute asado con ají chombo, arroz con longorones, y ostras chilenas crudas rociadas con vino blanco de Portugal. Después del festín Tolentino se fue a dormir con la muchacha más guapa, una negra retozona, que le había servido el banquete. Terminada la ceremonia el Diablo ordenó a una de sus secretarías que redactara el programa para Tolentino y la computadora empezó su

implacable calendario.

Y así, cuando después c'ə mucho andar, volar y recorrer, medio planeta, al cumplir con los diez compromisos del trato con el Diablo, ese mismo día se metió un tiro y peló el bollo. Lo enterraron boca abajo; pronto horadó el terreno, como un armadillo electrónico y se topó con las doradas puertas del infierno. La portera, la misma morena, con la cual había pasado un rato en el palacete de mister Candanga, aquella vez, lo recibió con gran solidaridad; tectuló en una mini-computadora japonesa y salió el nombre de Tolentino Farraguta.

- Usted, señor Farraguta nos perdonará- dijo con una dulzura de aeromoza, la muchacha, en un español latinoamericano perfecto- pero nuestro Jefe está ahora mismo en la tierra, asesinando una gran reunión de la OTAN y en cuanto llegue lo atenderá debidamente, según el trato y para que lo tenga seguro, su clave es w.w.w.21, 999,777.axz.punto.com.

El calor, pese a que todavía no había entrado, era tremendamente sofocante, pero al menos, la muchacha se veía muy bien. Como a las tres horas le trajeron a Tolentino una bandeja de plata con el almuerzo, el cual ofrecía caviar negro de Rusia, nido de golondrina de China, Faisán a la parisién, y otras exquisiteces europeas.

- Señorita- preguntó Tolentino- ¿pero acaso no tienen arroz con frijoles de palo...gandules que se llaman?

- Lo que usted pida, mi colega, no olvide que está en el reino de mi Jefe. Además, ¿prefiere whisky o vodka?

- No, tráigame media botella de seco.

- Usted perdone- le explicó la muchacha- pero nuestra planta de refrigeración ha sufrido un

desperfecto esta mañana. En eso sonó el teléfono celular y la joven contestó. Era el Caballero del Mercedes Benz, quien preguntaba por su fraterno Tolentino y ordenaba que lo hicieran pasar hacia la puerta 2007, por el pasillo B-240.

- Usted, Tolentino- le ordenó la hermosa muchacha, con sus turbulentos senos en punta y los filos de los cachitos, entre la rojiza cabellera, recién acicalada- pise esta alfombra y ella lo llevará al recinto principal, del Comité Central de la Satanidad, en donde lo recibirá el Gran Jefe y Secretario General Perpetuo.

- ¡Hombre, mi socio Tolentino! ¿Tan pronto por aquí? -exclamó el Gran Diablo, al verlo.

Tolentino se sorprendió del ambiente ultramoderno de la sala, "era un aire suave de pausados giros" y el suave olor a orquídeas que emergía de varios maceteros.

- ¿Cómo le va mi amigo?- preguntó Tolentino con timidez.

- ¡Je! Lo veo de nuevo muy alarmado. Es igual a todos los que vienen cargados de los discursos que por allá les echan sobre las pailas de brea. No sea tonto, colega, aquí todo el tiempo es primaveral; hay buenas comidas y por las noches, magníficos espectáculos. Hoy en la Casa del Tango canta Gardel. ¿Le gustaría oírle? ¿o prefiere gozar un striptease de Marylin Monroe en dúo con la Lucrecia Borgia, en el Devil Red? Allí estarán , entre otras notabilidades de la política, Nerón, Truman, Teo Roosevelt, Churchill, Pío 11, Stalin, Pinochet y otros. Mire, he ordenado que en este período de adaptación pase una semana de farra en los mejores nights clubs, en la parte occidental del infierno, con todos los gastos pagos, y luego regresará a la tierra, como lo tratamos. El Diablo, a diferencia del llamado

señor sí cumple. Aquí no hay demagogia alguna, de la acostumbrada en las llamadas democracias. No más hablar...hasta luego amigo.

Y en diciendo esto, el Caballero desapareció tras una cortina traslúcida de seda amatista. Y palabra de diablo, a la semana siguiente Tolentino Farraguta apareció, de nuevo en la tierra, con otra imagen, distinto talante y diferente nombre: Baby Quelque Yes De la Guardia y Arias. Acudía dispuesto a vengarse de la vida anterior. Lo primero que hizo fue comprar una faja de billetes de la lotería extraordinaria, con el número 17087, y ese domingo se la ganó y echó al bolsillo un cheque de dos millones de dólares. Compró un auto Mercedes Benz, con todas las extras; se hizo de un chalé, en las afueras de la ciudad. Metió plata en una financiera para desplumar a los jubilados y a los incautos; otra parte del dinero lo dedicó a negociar con drogas, en las barandas de la society, con unos individuos cubanos de Miami y Colombianos de capa y espada, quienes tenían soterradas relaciones con la esposa del Embajador de los Estados Unidos. Estaba hecho...Pronto le pasó, bajo la carpeta, a un Ministro determinada suma de dólares, y ganó una licitación para construir una barrida en el área revertida de la antigua Canal Zone. Invirtió en supermercados ultramodernos y con empresarios norteamericanos ganó y sin licitar otra facilidad para obtener la telefonía celular del país. Obtuvo la Orden Vasco Núñez de Balboa, por ser el empresario que daba la mayor cifra en teletones realizados por emperifollados clubes que fingían caridad con los pobres. En fin se hizo político, pronto quedó de segundo jefe del directorio del Partido Democrático de la

Eternidad; inició la publicidad electoral, y fue elegido como legislador, con la mayor votación de la historia reciente.

Rico, reconocido y publicitado, como la mano que todo lo movía, en este tenor arremetió con todas las chicas en estado de merecer, que se le atravesaron en su camino, en la medida en que aceptaban pasear en su Mercedes Benz, porque el auto tenía diversos mecanismos, techno-científicos, incluso, el esparcimiento de perfumes caros, como Chanel #5, Elizabeth Arden... que al ser asimilados, inmediatamente emborrachaban a las aventureras que solían acompañar al ex -Tolentino. De pronto los asientos traseros se extendían horizontalmente, las cortinas caían, como truco de televisión, oscureciendo el ambiente y para más encanto brotaba música al gusto: sinfónica, popular o folclórica.

En otros niveles de su dulce venganza, el Baby Quelque Yes, el poderoso burgués, manejó sus influencias para meter en la cárcel a toda la familia del funcionario que lo llevó, por primera vez a la prisión... Arruinó al viejo patrón que lo despidió de un trabajo; al cura que lo sacó por borracho, un Viernes Santo de la iglesia. Y finalmente, para no cansar, todo cuanto el hombre logró en su nueva vida satánica, la cual fue de mucho gozo y potencia en la sociedad, pues incluso le ofrecieron una candidatura a la presidencia de la república y hasta la C.I.A lo invitó a colaborar en el área centroamericana y del Caribe, para realizar otra invasión contra Cuba; todo eso le hartó suficientemente la vida y casi atolondrado de aquella rutina de los intocables y sin haber levantado jamás un dedo para traba-

jar, en sus días diablescicos, como es la moda de los millonarios, una mañana sacó la pistola de nueve milímetros, se metió un tiro y se volvió a matar, no sin antes dejar en el testamento que su millonaria fortuna la heredaban los presos del país.

Velozmente llegó un autobús llamado "Diablo Rojo" de la reconocida ruta del averno. La portera, más hermosa que la primera vez y con otro tipo de bikini o tanga, lo recibió con mucha cortesía. Ahora lucía un pelo verde. Ella pulsó énter, en la computadora y refulgieron, en la pantalla, detrás del sensor, los nombres de Tolentino Farraguta, alias Baby Quelque Yes De La Guardia y Arias. w.w.w.21. 999,777.axz. punto.-com., y luego ella empezó a jugar casi ingenuamente con el ratoncito.

176

- ¿Puedo hablar con el Maestro?- preguntó Tolentino.

- ¡Cómo no, querido Tolentino! Pase usted. La muchacha pulsó ALT, apareció un diminuto carro; él montó y automáticamente lo llevó al despacho privado del malino.

- ¡ Je! ¿de vueltas tan rápido por estos bellos lares?

- Nada, mi Jefe, para llevar esa vida de rico hijueputa, perdone, mejor era ser un pobre de mierda.

- ¿Viene usted, al parecer, decepcionado y algo boquisucio?

- Bueno, como usted mismo dice, toda la creación es obra suya, y esas palabritas no son sucias, sino del pueblo. Dicen que el uso hace que los académicos las incluyan en el idioma, y bueno el pueblo creo yo mi jefe, no es sucio, sino, a veces, pendejo.

- ¡Ah! Veo que has aprendido mucha filosofía,

de la mejor, mi colega. ¿ No te dije lo bueno de ser diablo? Pero algunos de esos académicos de la lengua se la pasan güeviendo mucho- No hay tal uso del pueblo. Eso era antes. Hoy, el uso lo imponen las publicitarias para vender cualquier vaina, y como dijo un académico inteligente, porque es de los nuestros, tal agresión cultural, mete mucha basura en los diccionarios, por el cuento del uso...Pero dígame, ya está en el Reino Superior del Infierno Tangible y no virtual, ahora ¿qué quiere?

- Bueno, amigo Diablo, que no me mande, por favor, al departamento de las pailas de brea y similares, que decía mi abuela, porque soy alérgico al calor y a la brea.

- ¡Ja...ja..! Vaya tonto...¿qué desea hacer entonces? Porque esto es para la eternidad, o sea, la infinitud del ser.

- ¡Jo!... pero bien, mi Príncipe de las tinieblas y Gran Diablo, yo quiero que me deje de cantinero, en su despacho, con aquella tipa, ¿recuerda? Para prepararle esos dayquiríes que tanto le gustan...y así, mi amigo, si dios quiere, las pasaré mejor...

Pero en eso, al oírse, en ese recinto, la palabra dios... se apagaron las luces y todo se volvió humo, como al principio de la increada materia, que sabido es, no tuvo principio.



## GLOSARIO

### A-

Amanojamientos: en los bailes típicos, amanojarse, apretarse las orejas, bailar pegado.

Ají chombo: ají, chile muy picante.

Arrecheras: excitación erótica.

Apie: bajé de la bestia.

### B-

Babienco: tonto.

Barajusté: de bajarustar, huir con rapidez.

Barrejobo: lluvia pasajera.

Batafilla: bejuco rastrero de flores lilas.

Bujo: guarapo fermentado, hecho de miel de caña.

Burundanga: golosinas.

### C-

Cantadera: encuentro de trovadores de décimas.

Catalante: la persona que en el baile del tamborito lleva la voz principal.

Candanga: diablo o espíritu maligno.

Cañaza: bambú.

Cocotudas: damas principales, ricas, que aparentan liderazgo.

Cojudo: caballo sin castrar.

Concolón: concha, muy apetecida, que deja el arroz, en el fondo de la paila.

Curachero: bailaror, parrandero.

Culecos: fiesta callejera, que sigue, en las mañanas, luego de los bailes de carnavales, en los cuales festejantes se echan agua.

Curumbas: partes más elevadas de árboles, casa o montañas.

Culiescurría: mujer de pocas nalgas.

Curí: especia proveniente de las antillas.

Charrasquear: toque rítmico de la guitarra.  
Chirrisco: aguardiente casero.  
¡Chuleta!: Interjección similar a ¡cáspita!  
Chumbulun: sonido que se produce al caer al agua.  
Chumico: arbusto de hojas rasposas como la lija.  
Chusmísima: de la chusma.

**D-**

Desbarrancó: deslizarse abruptamente.

**F-**

Fula: rubia.

**G-**

Guabita cansaboca: guaba silvestre y pequeña.

Guachintones: dólares.

Guaricha: lámpara de kerosín. Pequeña.

**180**

**H-**

Huevín: tonto.

**J-**

Jondió: de hondear, echar al fondo del agua.

Jorón: atillo de los ranchos o bohíos campesinos.

**M-**

Morachos: reptiles parecidos a la iguana.

Mongo: puño, pelear golpeándose con los puños cerrados.

**Ñ-**

Ñarreadas: maullidos de los gatos en celo.

**P-**

Papuja: mujer de rostro hinchado.

Pelao: muchacho.

Petateó: de petatearse, morirse.

Pichicuma: avaro.

Pinga: pene.

Pixvae: pejivaye, palma de corozo o carozo comestible.

## R-

Rabiblanco: aristócrata. Rabiblanquería, relativo a modos de ser de los rabiblanco.

Relinga: cintura, por ejemplo: conducir por la relinga, a la fuerza, a los prisioneros.

Runrunando: haciendo run - run: ruido intermitente, como el viento.

## S-

Sapeando: espiando.

Saus: plato de origen antillano, hecho de patitas de cerdo con penino, y picantes.

181

## T-

Talingo: pájaro insectívoro, el macho es negro; la hembra, parda.

Tinaquero: perro callejero.

Tiplio: silbido.

Titibúa: paloma silvestre.

Tuti-fruti: ensalada de frutas.

## W-

Wíchichis: pequeños patos silvestres.

**CHANGMARÍN:** nombre literario del escritor panameño Carlos F. Changmarín (1922.)

El autor muestra una rica producción en diversos géneros: poesía, cuento, novela y ha cultivado la literatura para niños y jóvenes. Se ha destacado como promotor investigador y estudioso del folclore y en ese campo ha escrito varios ensayos sobre la décima. Además es un destacado periodista cuyas columnas han sido de amplio reconocimiento, especialmente Cartas a Tula, y es miembro de la Asociación Nacional de Poetas de la Décima.

Ha merecido varias veces el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró. Entre sus obras publicadas se destacan:

-  Punto e' llanto. Mención de honor del Premio Miró, 1942.
-  Poemas Corporales. Premio Miró 1956.
-  Socabón - Libro de Décimas - 1959.
-  Faragual. Premio Miró 1959.
-  Vida en la Oscuridad - Relatos de la cárcel, en ruso - 1964.
-  Los Versos del Pueblo - Libro de Décimas - 1972.
-  Los Versos de Muchachita - Poemas para Niños - 1974.
-  Crónica de Siete Nombres Memorables - Poemas - 1974.
-  El Cholito que Llegó a General - 1978.
-  Versos para Entrar en la Zona del Canal - 1979.
-  El Guerrillero Transparente - Novela Histórica - Premio Miró 1982.
-  En ese Pueblo No Mataban a Nadie - Novela - 1992.
-  Las Tonadas y Los Cuentos de la Cigarra - 1993.
-  Cantadera - Libro de Décimas - 1995.
-  Nochebuena Mala. Cuentos sobre la Invasión yanqui a Panamá - 1995.
-  Las Mentiras Encantadas. Cuentos - 1997.
-  La Muñeca de Tusa. Poesía para Niños y Niñas - 2001.

Mereció el Premio Especial del concurso literario "Rubén Martínez Villena" de la Central de Trabajadores de Cuba, "por su militancia revolucionaria y su arte en función de la liberación de nuestra América" Y mención en el concurso de la revista mexicana "Plural", con el cuento "Gallo fuego, gallo gente.", publicado en francés en la revista "Le Serpent en plumes" de Paris.